

Migración y adolescencia



ELIANA PENA¹

DOI: 10.36496/N140.A2

ELIANA PENA – ORCID: 0009 – 0001 – 3730 – 808X

RECIBIDO: ABRIL 2025 | ACEPTADO: MAYO 2025

RESUMEN

En el contexto de un proyecto de trabajo con niñas, niños y adolescentes migrantes en situación de vulnerabilidad, que comienza a funcionar tras la firma de un convenio entre la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef, por sus siglas en inglés) y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), se intenta explorar el impacto de la migración en general y, en especial, sobre la adolescencia. Momentos de turbulencias, de transformaciones, de cambios, de duelos. Para ello, y en un esquema de abordaje socioclínico, se comparte el material de una adolescente venezolana, en el que la herida por la migración se hace presente con claridad.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
elipena@adinet.com.uy

Nos interpelamos sobre el psicoanálisis como herramienta válida trabajando en comunidad, en una escucha singularizada y en interlocución con lo social, en el marco de un equipo, para hacer lugar al padecimiento migratorio y transitar por sentidos posibles que permitan a estas personas habitar de mejor manera sus vidas.

DESCRIPTORES: MIGRACIÓN / INTERVENCIÓN / ADOLESCENCIA /
DISPOSITIVO / MATERIAL CLÍNICO COMUNIDAD / DESARRAIGO

SUMMARY

In the context of a project working with migrant children and adolescents in vulnerable situations, which is starting to operate after the signing of an agreement between the Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), the United Nations Children's Fund (Unicef) and the International Organization for Migration (IOM), an attempt is being made to explore the impact of migration in general, and especially on adolescence. Moments of turbulence, transformations, changes and grief. For this purpose, and in a socioclinical approach, we share the material of a Venezuelan adolescent, where the wound of migration is present. We question ourselves about psychoanalysis as a valid tool working in community in a singularized listening and in conjunction with the social area, as a team, to make room for the migratory suffering and to transit through possible meanings that allow these people to inhabit their lives in a better way.

KEYWORDS: MIGRATION / INTERVENTION / ADOLESCENCE /
DISPOSITIVO / CLINICAL MATERIAL / COMMUNITY / UPROOTING

Dicen que dicen
que no son tristes las despedidas.
Dile al que te lo dijo que se despida.

Hace muchos años, Marcelo Viñar, en una supervisión y en relación con un paciente, me dijo estas palabras que tomaba de Atahualpa Yupanqui (1980) y que nunca olvidé. Retornan ahora cuando pienso en las migraciones. Despedidas truncadas, obviadas, nunca suficientes, que obstaculizan los necesarios procesos de duelo.

La movilidad es inherente a nuestra especie; las migraciones son parte de la historia de la humanidad. Desde hace ya varias décadas se está registrando un aumento muy significativo de estos procesos, que van ligados con demasiada frecuencia a sufrimientos inenarrables. Estas migraciones se producen muchas veces en condiciones precarias e intempestivas. Desarraigos en los que la pertenencia se agrieta entre el lugar de origen que se abandona y el nuevo lugar que generalmente dista de ser la «tierra prometida». Usualmente campea la inestabilidad económica y social, la precariedad laboral, la falta de derechos que desdibuja la humanidad. La hospitalidad del país de acogida a veces queda en entredicho. Los tránsitos desamparan, hacen más vulnerables los caminos de subjetivación de niñas, niños y adolescentes, y se pierden referentes y redes de sostén, generándose reconfiguraciones familiares forzadas.

La dependencia estructural de la alteridad nos amarra a ese otro, «auxiliar» o «enemigo», como nos dice Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921/1992). Ese otro como enigma inquietante al que, si todo va bien, vamos aprendiendo a alojar. Discriminar no nos es ajeno.

En los inicios de 2023 comienza a funcionar un proyecto para trabajar con niñas, niños y adolescentes migrantes en situación de vulnerabilidad, tras la firma de un acuerdo entre la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef, por sus siglas en inglés) y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). Psicoanalistas trabajando en la comunidad, en un esquema socioclínico, en interlocución con otras disciplinas. Se realizan encuentros semanales

durante alrededor de cuatro a seis meses, en formatos que, en ocasiones, pueden implicar un cambio en la técnica, si bien no en el método. Este trabajo en equipo permite la circulación de nuevas significaciones, nunca acabadas, en la escucha abierta y respetuosa con otros. Resuenan las ideas de César y Sara Botella (1997), que refieren a una noción de psiquismo abierto, siempre en evolución, en el que los procesos de modificación tienen la posibilidad de continuar; mojonos, huellas, surcos que puedan ser alguna vez retomados; en sus palabras, «procesos de reorganización espontánea» (p. 190) que pueden desembocar en «sentidos nuevamente adquiridos» (p. 191).

Nos preguntamos cómo albergar al otro, ayudar a construir puentes, a que la transitoriedad acuciante o el intento de echar nuevas raíces puedan tener altos en el camino que permitan pensar. Cómo volver visibles recurrencias de padecimientos y alojar lo que muchas veces no se puede narrar, y así ayudar a transformarlo en relatos tolerables. Psicoanalistas en una escucha singularizada, que intentan leer la textualidad de los dichos y también los decires encubiertos; «cazadores de palabras», nos dijera Gustavo Dessal (2018).

Nos hemos encontrado a lo largo de este trabajo iniciado recientemente con procesos migratorios diferentes, pero todos ellos atravesados por el sufrimiento. En muchas oportunidades los trayectos mismos están plagados de peligros. La urgencia de la migración de las familias las hace enfrentarse a la necesidad de resolver necesidades básicas (alimentación, vivienda, trabajo, documentación), lo que no les permite estar disponibles para sus hijos. Las urgencias, más o menos acuciantes, están siempre atravesadas por el sufrimiento del desarraigo, del destierro. Recordemos que, para los griegos, el ostracismo –exilio político decretado por los antiguos atenienses– era el peor de los castigos. Cuando los países de origen, por diferentes razones, no ofrecen condiciones para una vida digna, podríamos pensar que la migración se ofrece o se impone en muchos como decreto. Decreto que implica, en mayor o menor medida, el corte de redes sociales y familiares, el abandono de lo conocido y querido en pos de lo esperanzador, pero diferente, extranjero. En otras ocasiones hemos visto que la errancia, el seguir caminando en la esperanza de encontrar el lugar definitivo (nunca encontrado) se transforma en una forma de vida. Se generan padecimientos que, en las niñas, niños y adolescentes, se ven a veces silenciados, otras encapsulados; en otras oportunidades se expresan en ruidosos síntomas que

hacen anclaje en el cuerpo. Pero aun en situaciones algo más benévolas, la dolorosa extranjería como vivencia no deja de hacerse presente. Dejar el lugar de origen y tratar de insertarse en un contexto sociocultural diferente impone al psiquismo una sobreexigencia, lo pone a prueba, y el detenerse y pensar quedan muchas veces colapsados, activándose defensas primitivas. Las niñas, niños y adolescentes transitando sus esperables procesos de crecimiento y de estructuración psíquica ven que sus pilares, sus referentes, los que acompañan su constitución, flaquean.

Todo ello nos ha interpelado constantemente como psicoanalistas, como psicoanalistas con una herramienta que consideramos válida para trabajar con otros en comunidad y donde el área social ha sido un eje sustancial, por ejemplo, acompañando a familias en situaciones extremas o ayudando a obtener mejorías externas, también necesarias para generar la posibilidad de que, como psicoanalistas, podamos ayudar a hacer altos en el camino, a pensar, a reflexionar, a fin de que los trayectos se vuelvan más transitables. Sabemos que nos acercamos al otro desde nuestras historias, desde nuestras teorías e ideologías que, aun puestas entre paréntesis, nos habitan. Es por ello que el ineludible funcionamiento en equipo, el poder pensar con otros se constituye en pivote de trabajo.

ADOLESCENCIAS

La adolescencia es un tiempo de cambio, de duelos, de pérdidas y adquisiciones, de transformaciones y, por tanto, también de vulnerabilidad. El adolescente intenta consolidar su identidad. Migra, se mueve reorganizando sus identificaciones. Momentos de exploraciones, de turbulencias, de un ir y venir desde el descubrimiento de lo nuevo al refugio de lo conocido para poder relanzarse. Necesitan encontrar sus referentes como modelos estables y confiables, disponibles, con los que se puedan confrontar, que resistan, que sobrevivan «sin represalias», como nos dice Winnicott. Los adolescentes tienen que desasirse de sus figuras endogámicas e invertir nuevos objetos. En estos tránsitos necesitan de los amigos, sus pares, figuras de privilegio, porque el grupo de pertenencia opera también como referencia.

¿Cómo podemos pensar estos movimientos en familias que migran? Familias que abandonan lo conocido para aventurarse en lo nuevo, lo

desconocido, pero marcadas por el dolor de verse muchas veces obligadas a dejar sus lugares de origen. Cómo estar disponibles para los hijos, para escuchar, para «soltarlos» en contextos desconocidos y volver a ser refugio para ellos cuando así lo requieran. ¿Es posible acompañar y dar algún sentido posible en ese estar de paso, esa errancia que no permite arraigarse o que, cuando empieza a permitirlo, la angustia por lo perdido muchas veces obtura o dificulta el armado de un proyecto vital?

AMALIA

«Los adultos dejan todo lo que conocen. Yo soy adolescente y dejé todo lo que pudo haber sido. [...] No lloramos solo porque estamos afuera. Lloramos porque es probable que no volvamos». Amalia, venezolana de trece años que reside en nuestro país desde 2019. Su familia llegó con la idea de volver a su país de origen, pero ante la imposibilidad de hacerlo, intentan echar raíces en el país de acogida.

La madre lleva como motivo de consulta al área social del proyecto la dificultad de su hija en el lazo con pares y la angustia. Amalia demanda ser escuchada; así lo plantea en el Centro Juvenil al que asiste, donde está esperando «ver a una psicóloga». Solicita entrar sola y se expresa fluidamente y con un vocabulario muy bueno para su edad. Algo verborágica. Hace uso del espacio que se le brinda.

Este primer encuentro se inaugura con la fecha de su cumpleaños, que menciona espontáneamente, para decir luego lo que ha hecho «en estos meses». Releyendo el material (que ya es otro), me doy cuenta de que con esta primera frase ya instaló el tema de la migración. Tiempo después dirá que hace alrededor de tres años y medio llegaba al país con su madre y su hermano a reencontrarse con su padre (que había llegado seis meses antes), el día previo a su cumpleaños.

Llegamos el día antes de mi cumpleaños. Mi mamá me hace torta de zanahoria y, claro, no tenía tortera, azúcar, ¡nada! Mi papá nos dijo: «Vayan al Tata». ¡¿Al Tata?! Nos dijo por dónde ir. Y mi mamá, mi hermano y yo nos perdimos buscando Tata. Caminamos y caminamos. En Venezuela teníamos carro. Compramos una torta de dulce de leche.

Marca del origen, el nacimiento, en el contexto de lo desconocido, donde «se pierden». Si bien la familia sostiene el festejo, hay cosas que no están, tradiciones que no se cumplen o que se cumplen modificadas. Me muestra luego un libro que dice estar leyendo: «*La oscuridad de los colores*. Se trata de una periodista que es hija de inmigrantes. Desapareció y apareció veinticinco años después. No se acuerda de nada; en blanco».

Relata que el texto es sobre niños a los que secuestran:

AMALIA: Son sujetos experimentales. Por ejemplo, separaron trillizos y son criados en diferentes lados. A los niños los llaman por los colores.

ANALISTA: Quizás también me estás hablando de lo que te pasa a vos como inmigrante.

AMALIA: Sí.

Quizás nos esté hablando de sentirse «secuestrada» de su lugar, casi sin nombre; sujeto de experimento, atada a las decisiones de otros. De haber sido desaparecida de su lugar de origen para reaparecerse tiempo después «en blanco». Temor de no recordar nada, de perder sus recuerdos, su memoria de los orígenes, de quedar «en blanco». La migración vulnera sus posibilidades de continuar, en todo caso, la historia que venía construyendo en su país.

La referencia al proceso migratorio acompañará muchos de nuestros encuentros, sostenidos con gran compromiso a lo largo de algo más de siete meses.

Sus síntomas –dificultad en el lazo con pares, angustia– parecen haberse instalado a partir de la migración.

Antes de venir acá, mi hermano y yo éramos muy sociales, en la escuela, en el barrio. [...] Y es venirte a un país nuevo, a un clima nuevo, a comidas nuevas. Pasamos mal. No es tan fácil ni de un día para otro.

Elocuencia de palabras que, a lo largo de nuestras sesiones, en un sólido vínculo transferencial, pueden ir teniendo lugar y dan cuenta de los desarraigos dolorosos y de los largos duelos que la migración suma a los propios de la adolescencia.

En esa primera entrevista ingresa hacia el final la madre, quien se refiere también al intento de autoeliminación de su hijo (hermano mayor de Amalia), en 2021, por el cual consultaron en su momento, episodio sumamente impactante para toda la familia. Dice la madre: «El psiquiatra dijo: “Doce, trece años, la migración más la pandemia, un adolescente...”». Si bien no sabemos si este episodio (que tuvo buena evolución) tiene raíces en conflictivas previas, no deja de estar vinculado al proceso de migración también. ¿La madre tendrá temor a que le suceda lo mismo a su hija? Amalia tiene doce años cuando nos conocemos.

Agregaré la madre en esa entrevista: «Somos profesionales, teníamos trabajo y no nos daba para comer todo el mes. Y la inseguridad, y la salud estaba mal. Todos los días un estrés». Amalia acompaña la entrevista, con empatía, generalmente callada.

En relación con los motivos de consulta, la madre agrega:

Se refugiaba en los libros en los recreos [...] con pares no se relaciona; con mayores, sí. [...] Ha llegado llorando del liceo diciendo que no puede hacer amigos. [...] Toda la familia está allá; los padres de los dos, los hermanos, dejamos todo.

Amalia inaugura nuestras sesiones regalándome una preciosa flor hecha por ella con elementos reciclados y mostrándome su carné del liceo. Ambas cosas las trae escondidas (veo sus manos en la espalda cuando llega y me saluda) y me sorprende con ellas. En un *a posteriori* pienso si esto no podría asociarse con su deseo de inaugurar nuestros encuentros con «buenas cosas» o de apaciguarme y mostrarme sus buenas notas (asimismo, su nivel de autoexigencia), con la esperanza de que algo diferente pueda «florecer», pueda ser «reciclado» y generar nuevos sentidos. Me traerá al mes un anillo de papel hecho por ella con una mariposa. Pienso en el compromiso, en la sexualidad adolescente, en volar-crecer, en la transformación de oruga a mariposa.

En algún momento, y en acuerdo con Amalia, me comunico con el Centro Juvenil al que asiste. El trabajador social con el que hablo me dice que es una adolescente crítica, reflexiva, y agrega: «En Amalia más que en el hermano se ve la herida de la migración». La migración como herida,

sangrante aún en esta adolescente que hace tres años y medio que llegó al país, y con su familia. Herida que cicatrizará –no del todo porque nuestras marcas nos acompañan–, según pueda ir duelando el proceso migratorio, siendo acompañada en el proceso que le permita recorrer su camino adolescente e invertir nuevos objetos.

Pocos meses después, llega a una sesión diciendo:

AMALIA: No estoy bien. No puedo sentir nada.

ANALISTA: ¿Y qué estará pasando?

AMALIA: No sé. Lo estaba sintiendo. Y como triste, frustración. [Como tantas otras veces, dibuja mientras habla; caras, diseños abstractos...]. Yo ya me estaba sintiendo mal, y me dijeron que de repente vendan la casa en Venezuela y que la derrumben. [Se angustia].

ANALISTA: Quizás esto es lo que te ponía mal. Preferías no sentir nada, pero *lo estabas sintiendo*, tristeza, frustración, porque esto es muy duro y te angustia. [Amalia asiente, angustiada]. La casa donde creciste, los frutales del fondo de los que me hablabas.

AMALIA: Lo piensan mis padres. Que para mis tíos no sea una carga. [Dice algunas cosas más que no registré]. Bueno, la mitad del terreno es del tío A. Habla de que no valen nada las casas *allá*.

Dirá más adelante, en la misma sesión:

AMALIA: Cuando me lo contaron, tuve ganas de llorar; no llorar, como triste, una presión en el pecho. Las inseguridades vuelven. Necesito como un descanso de la tristeza. Poder decírselo a un amigo, a mis padres.

ANALISTA: Aliviarte, compartirlo como estás pudiendo hacer acá. ¿Y por qué sentís que no podés decírselo a tus padres?

AMALIA: Sentí que iba a molestarlos, a abrumarlos, y ellos ya tienen problemas. No tengo razones para sentirme triste, pero igual me siento triste.

ANALISTA: Parece que sí tenés razones para sentirte triste. Y quizás te da miedo *abrumar* a tus padres, lastimarlos, que no resistan.

AMALIA: Sí.

Y más adelante:

AMALIA: No quiero que se venda esa casa. Esa casa me vio nacer. Nunca estuvo totalmente lista. Mis padres la fueron haciendo. Hicimos cosas ahí. Son los recuerdos, sí, están, pero como que es lo único que agarrar.

ANALISTA: Recuerdos que traías, que sentís que se pueden diluir. Pérdidas. Como lo que traías de la adolescencia que no ibas a vivir ahí. Y tener que construir esta adolescencia acá no es fácil.

Comenzará, entonces, a hablar de músicas de su país, canciones, canta. Habla de Navidad y Año Nuevo, cuando «se junta la familia, se comen comidas típicas, se estrena ropa nueva. Jugar con los primos. Todo el país se decora». Y agrega que, cuando llegó, casi en el día de su cumpleaños (que es en diciembre):

Me decepcioné porque no se hace tanto como en Venezuela. [...] El año pasado nos encontramos con un montón de venezolanos. Hubo bailes típicos, comida, una misa que acá es más triste, más aburrida. Lo disfruté. Me sentí en casa. El acento.

Señalo que, a pesar de la tristeza, tiene muchos recuerdos prendidos en ella.

Aun en esta adolescente con buenos recursos internos, que puede tejer con sus hilos a partir de un señalamiento y que tiene una familia constituida, el desarraigo es una herida difícil de cerrar. Que pueda venderse su casa de la infancia la enfrenta nuevamente al dolor de la pérdida, a la caída de la ilusión. Para lo que nunca se está *listo*, por lo menos no del todo. Casa que también simboliza su cuerpo en construcción yendo de la oruga a la mariposa. Elementos esperados en el proceso adolescente se ven inundados, cargados de temas que la migración impone, generando una suerte de exceso, de plus de trabajo psíquico. Y también aparece algo que vemos mucho en las niñas, niños y adolescentes migrantes: el sentir que tienen que hacerse cargo, no solamente de tareas de la vida cotidiana porque los padres trabajan muchas horas, sino también de sus angustias; protegerlos ellos, cuidarlos cuando están en un momento que puede ser de gran riqueza,

pero también de fragilidad; cuando necesitan ser cuidados por figuras que «resistan». La «presión en el pecho», la angustia, la necesidad de descansar de la tristeza. Es en este contexto que Amalia dice: «No lloramos porque estamos fuera. Lloramos porque es probable que no volvamos».

Esta familia está encarando con mucho dolor el derrumbe de su ilusión, como la casa, de volver al país de origen. Como su hija dice, es probable que no vuelvan.

A medida que nuestro trabajo transcurre, con lo migratorio siempre campeando, su relato se va salpicando de elementos propios de la conflictiva propia de su edad. Comienza a nombrar amigos de su clase, pares, un chico que le gusta, habla de su cuerpo y también trae conflictiva con sus padres, en especial con su madre, de la cual reclama la mirada, se pregunta si la ve linda. Seguramente eso también se juega en transferencia conmigo.

Mínimos señalamientos le permiten reflexionar y pensarse. A modo de ejemplo:

AMALIA: Hablo como perico. De repente caigo pesada en clase.

ANALISTA: ¿Caés pesada?

AMALIA: Sí, mi madre me lo dice, y sí. Información en exceso doy.

ANALISTA: ¿Sentirás que es en exceso para mí también? ¿Que me caerás pesada?

AMALIA: [riendo] ¡No!

Se ha defendido intelectualizando, aislándose, y también abrumando al otro, pero está pudiendo dar lugar –transferencia mediante– a pensar y pensarse, a poner en palabras aspectos propios que se ponen en juego en la trama vincular con otros.

Promediando nuestros encuentros, y en acuerdo con Amalia, propongo una entrevista con sus padres. Las instancias con los padres, ineludibles trabajando con adolescentes, cobran especial relevancia con familias migrantes. Uno u otro padre la acompañaban las primeras veces hasta nuestro lugar de trabajo; esta vez, el padre no puede dejar su trabajo, pero la entrevista se realiza con la madre, quien dice: «Le he visto bastante mejoría. En la autoestima la veo más fuerte. Ya no viene llorando del liceo».

¿Síntomas que ceden? ¿Se desplazan? En todo caso, en movimiento.

El material que se despliega es profuso, pero me gustaría destacar lo que hace al sufrimiento de familias como estas, que migran buscando mejores horizontes, con la idea de volver al país de origen. Al no lograr hacerlo, si bien no presenciamos el grado de precariedad de otras familias en tránsito, sí vemos la precariedad de unas redes de sostén demasiado frágiles, marcadas por el padecimiento de enraizar en lo desconocido, en lo ajeno. No es fácil apropiarse cuando el dolor por lo dejado vive con ellas. Cuando, en la entrevista, hablando de la migración y tomando lo que la madre de Amalia trae, señalo lo difícil de construir una vida en otro lado, la madre dirá, con mucha angustia: «Uno cree que es solo la comida, y no; es la casa, los títulos, los familiares. A uno no lo reconocen. Es empezar aquí de cero». Y también dirá, llorando, muy angustiada: «Estar económicamente apretados. Creo que hace unos meses me di cuenta de que no íbamos a volver. A mi esposo también le cuesta».

Migrar para buscar mejoras y esperar cambios en el país de origen al que se desea volver. Ilusión que cae.

Destaco en este momento un gesto de Amalia; se acerca un poco, lenta y delicadamente a su madre, y la abraza en silencio. La adolescente que está aprendiendo a cuidarse, en aprendizaje de separación, puede ofrecer este gesto amoroso cuando el otro desfallece, lo que también habla del peso de hacerse cargo tempranamente de la angustia del otro, de ese otro querido que lleva a costas la migración.

LA INTIMIDAD HACKEADA

La intimidad, ese espacio de repliegue que lentamente construimos, cobra un lugar de privilegio en la adolescencia. Lugar de encuentro con secretos, con miedos, con deseos.

Amalia comparte un dormitorio con su hermano. En el otro están los padres. En uno de nuestros encuentros me dice que vendrá a quedarse en su casa el novio de su prima, hasta que pueda tramitar su documentación, conseguir trabajo y entonces mudarse y «traer» a su prima y a la beba de ambos. Esto implica que ella duerma con sus padres, y su hermano, con R. Le pregunto, y no hay más habitaciones en el apto donde

viven, no hay living. «¡No quiero estar con mis padres! Ellos tampoco. ¡Necesitan su privacidad!». Es como si dijera que necesita alejarse de esos padres sexuales, que necesita su privacidad. Esa intimidad para vivir con ellos mismos los enormes procesos de cambio y transformación que enfrentan, el hecho de tener que desasirse de las figuras endogámicas se ven hackeados en las situaciones migratorias, donde abundan las condiciones de hacinamiento (que muchas veces son aun más críticas). Amalia queda expuesta a la escena primaria, colapsada su intimidad. La lucha por la salida exogámica se ve dificultada.

Poco tiempo después, me plantea que se mudarán más lejos del liceo, pero más cerca de la cooperativa donde el padre tiene largas jornadas después de su trabajo porque están, con mucho esfuerzo, construyendo su vivienda.

AMALIA: También hay dos habitaciones. Las de tres son muy caras. Pero hay una sala. Mi madre me dijo que se podría improvisar ahí un espacio para mí y que mi hermano siga durmiendo con R. ¡Pero van a poner cortinas! ¡Así no tengo privacidad! ¡Me estoy cambiando y entran! ¡No! Que duerma ahí el novio de mi prima, y yo duermo con mi hermano. Igual ya estaba durmiendo con él.

Dentro de la precariedad, los padres intentan delimitar lugares. Amalia los reclama. Prefiere compartir una habitación con su hermano, con paredes, y no con cortinas que la dejan más expuesta a la mirada de los otros (a la vez resistida y buscada) cuando necesita replegar su mirada hacia sí misma.

ALTERNANCIAS

La migración no dejará de estar presente en su discurso a lo largo del proceso.

Quisiera quedarme en Venezuela y no tener que salir de ahí, que cambiar palabras para que te entiendan o explicar palabras. [...] Es difícil también el estar acá. No importa cuánto tiempo pase, lo va a seguir siendo siempre.

Aun con esa marca, siempre presente, va mostrando sus recursos para, poco a poco, ir armando un proyecto vital propio.

La presencia en su discurso de alternancias, de variaciones, nos hablará de las posibilidades de reorganización psíquica.

Hace hace algunos meses, me decía: «La idea era estar en Uruguay dos o tres años, ¡y ya van casi cuatro!». De insistir en el uso exagerado de palabras de su país de origen a decirme, enojada: «Yo no voy a dejar de decir *chamo* [joven, muchacho]». De sentirse «rara, diferente» a poder decir:

Parcialmente me quiero ir y parcialmente me quiero quedar. Acá también tengo amigos... Mi corazón está en Venezuela, pero mi piel es celeste. ¡Hice mate con una amiga! Primero no me gustó; después, 'ta. [...] Yo ahora distingo a los uruguayos de los argentinos. En Venezuela también hay diferentes formas de hablar.

Ella puede ahora captar las diferencias, las «diferentes formas de hablar», presentes también en su país de origen, haciendo presencia dentro de ella. Ahora el uruguayismo *ta* emerge en su discurso espontáneamente, cosa que le señalo y la sorprende.

Sus palabras van dando cuenta de las posibilidades de ir sintiéndose albergada, de ir paso a paso construyendo una pertenencia que, si todo sigue bien, dé lugar a procesar duelos, a investir nuevos objetos, a que la simbolización circule. A que esta adolescente pueda seguir en movimiento, explorando, en las necesarias idas y vueltas entre los desamarres y amarres, entre esa infancia que se va y lo desconocido que puede vislumbrarse en el horizonte. Construir esta adolescencia y duelar aquella que «pudo haber sido». Aprendizaje de la separación que las migraciones complejizan y, en ocasiones, obturan.

LAS DESPEDIDAS

Las despedidas, la separación, aparecen pautadas desde el inicio. Llegada y despedida, movilidad, pero con permanencia en el sólido y comprometido proceso que se despliega entre esos dos puntos.

Propongo que tengamos una entrevista nosotras dos y sus padres como forma de despedirnos también con ellos. Inmediatamente hace acuerdo e insiste en que estén sus dos padres presentes. Si bien no resulta fácil lograrlo, me parece importante dar lugar a su pedido. Dice en la sesión previa al encuentro con los padres:

AMALIA: Es de los últimos encuentros. Estoy triste.

ANALISTA: Yo también estoy triste, nos estamos despidiendo. Pero a la vez estoy contenta de que puedas sentirte mejor, de que hayas podido hacer amigos y amigas acá, en Uruguay.

AMALIA: Tengo la esperanza de que el próximo año no necesite psicóloga porque ahora tengo amigas y espero que duren.

Como tantas veces, dibuja mientras habla. Me doy cuenta de que está copiando el colgante que llevo puesto.

Hablará luego del liceo, de que terminan las clases, de un chico que le gusta y que ya ha mencionado. Traerá que pueden elegir a los amigos que quieren tener en la clase el año que viene y también que entrarán nuevos compañeros. La fecha de su cumpleaños, que se aproxima, es mencionada junto con una sonrisa. Aparece asimismo la figura de su hermano, que está triste, «raro», y el sentir que no lo «regañan» por eso, y a ella sí. Que ella es sensible y le duele porque no la están mimando, pero que se siente egoísta por eso. Ambivalencias, reclamos, que podrán circular en ese espacio tercero de las entrevistas y adquirir, quizás, nuevos sentidos. Cuando le pregunto si hay algo que ella quiera que yo diga en la entrevista, me pide que mencione lo antedicho para que los padres la entiendan.

Recordará un episodio del verano pasado:

Hay un amigo de mi papá con la esposa; ellos hace años que están acá. Y fuimos el año pasado dos días al lugar que alquilaron. Las olas nos revolcaron. Bueno, a mí no me revolcaron porque me agarré de mi papá. Este verano vamos a ir también.

Ha seguido dibujando, y veo que copió mi cartera. Antes de despedirnos, señalo que me deja de regalo esos dibujos (ella decide dejarlos), el

colgante, la cartera, que tienen que ver con nuestro vínculo, con recordarnos. Y que como en una cartera, ella se lleva herramientas para seguir pensando.

Amalia puede despedirse, y con esperanza. Quizás con la esperanza de no necesitar a una psicóloga el año que viene porque ha podido hacer amigas; invertir nuevos objetos que espera que perduren, permanezcan; elegir, porque puede sentirse menos herida por la migración. Nuevos compañeros entrarán a su liceo; parece poder ubicarse en el lugar de quien recibe y da hospitalidad al otro. La fecha de su cumpleaños aparece en un contexto adolescente y con una sonrisa, ya no tan vinculada a lo desconocido, a perderse, como aquella vez, cuando llegó a nuestro país. Las olas no la revuelcan porque, juego edípico mediante, puede agarrarse de su padre.

Viene toda la familia a la entrevista. Su hermano quedará en la sala de espera. Ella decide quedarse con él y que entren «un rato» primero sus padres. Estos inauguran la entrevista diciendo que su hija tuvo una pijamada con amigas, que hay un chico que le gusta y otras cosas que la muestran circulando por una senda propia de la adolescencia. También hablarán del dolor de la migración en ellos, en su hija, entre otras cosas. Cuando Amalia entra, la miran, ella se sienta entre sus padres, y los temas se despliegan en un intercambio fluido y claramente atravesado por el afecto. Quisiera solo destacar un detalle, un gesto del padre hacia su hija, que me recordó el de Amalia hacia su madre. En un momento en el que ella se angustia, el padre con delicadeza le seca las lágrimas con el dorso de su mano.

NUESTRO ÚLTIMO ENCUENTRO

Llega Amalia, adolescente, y después de saludarme, me regala una bolsa de pequeñas galletas rellenas, bañadas en chocolate. Compartimos algo dulce que trae como agradecimiento y quizás también como forma de hacer un alto en la tristeza, «descansar de la tristeza», para espontáneamente poder matizarla con otros sabores.

En su discurso, a diferencia de nuestros primeros encuentros, se ven privilegiados temas asociados a sus amigos, al liceo, a Biología, donde están tratando sobre la sexualidad. El gritado dolor por la migración, por el desarraigo, por la incertidumbre en relación con la pertenencia (algo

que siempre estará presente, como ella ha dicho) aparece atenuado, como una variación musical que conserva su tronco principal, pero puede jugar con melodías que se alejan y se acercan. Habla espontáneamente de su árbol genealógico, tejiendo historias que recuerda, que le han contado. Su pertenencia, sus raíces, que ahora parecen poder extenderse y atravesar territorios y llegar a tierras ya no tan desconocidas. Cuando habla de la gran familia que tienen y va hacia sus antepasados, dice: «Nunca nos reunimos todos juntos porque somos muchísimos y no hay lugar. Yo no conozco a todos, pero sé que existen y ellos saben que existo yo». ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Botella, C. y Botella, S. (1997). *Más allá de la representación*. Promolibro.
- Carlisky, N. y Kijak, M. (1993). El efecto de la migración sobre la mente del analista. *Revista de Psicoanálisis*, 50(45), 827-837.
- Castillo, D., Pena, E. y Pollak, G. (21 de octubre de 2023). *Ideas y testimonios de una escucha en movimiento*. Presentación en Panel Migraciones, Coloquio de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay: Psicoanálisis y sociedad: Intolerancias- desigualdades- diferencias, Montevideo.
- Derrida, J. y Dufourmantelle, A. (2000). *La hospitalidad*. De la Flor. (Trabajo original publicado en 1997).
- Dessal, G. (2018). *El caso Anne: Lecciones para sobrevivir a la noche más larga*. Interzona.
- Freud, S. (1991). Análisis terminable e interminable. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 23, pp. 211-244). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1937).
- Freud, S. (1992). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18, pp. 63-136). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Maberino, V. (1977). La casa: Escena de la fantasía. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 56, 105-118.
- Nicolussi, F. (1996). Reflexiones psicoanalíticas sobre la migración. *Revista de Psicoanálisis*, 53 (1), 323-340.
- Winnicott, D. W. (1974). Preocupación maternal primaria. En D. W. Winnicott, *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Laia. (Trabajo original publicado en 1956).
- Yupanqui, A. (1980). La huanchaqueña [canción]. En A. Yupanqui, *El canto del viento*. Microfon.